

La inconsistencia de esta cita demuestra la ambigüedad del autor respecto a los criollos. Por una parte dice que no existe una distinción entre el español nacido en Puerto Rico y el español nacido en España. Por la otra, menciona que no hay ninguna “afinidad” entre los dos “tipos de españoles”.<sup>70</sup> Así, las clases dominantes se presentan como españolas blancas, mientras que los criollos quedan opacados en el texto y las fotografías.<sup>71</sup> Las fotografías de casas opulentas, negocios exitosos y grandes propiedades, sin duda connotan una clase dominante; sin embargo, no se presentan las personas que componían dicha clase. Por ejemplo, varias fotografías presentan vistas de propiedades, pero en cada caso es la presencia de los obreros y no la de los dueños la que domina la composición (véase la fotografía 14). Así, el libro representa a Puerto Rico como un lugar productivo de riqueza agrícola, pero desplaza a la clase propietaria; abre un espacio simbólico para el inversionista extranjero.

Aunque con cierta dificultad y ambigüedad, el texto elimina a la clase dominante criolla y a la clase media puertorriqueña, mientras refuerza simbólicamente la dicotomía entre la clase dominante española y la clase subalterna puertorriqueña. La ausencia discursiva de las clases criollas medias o altas evoca la necesidad de un gobierno estadounidense sobre la Isla ya que elimina simbólicamente la presencia de una clase gobernante puertorriqueña<sup>72</sup> y refuerza la dicotomía, la relación negativa, entre la civilización española y el pueblo puertorriqueño. Esta relación negativa sirvió de justificación para proyecto civilizador estadounidense. No obstante, para poder imponer este proyecto, los estadounidenses tenían que construir un pueblo puertorriqueño incapaz de gobernarse a sí mismo, pero capaz de aculturarse; incapaz de crear su propia cultura, pero capaz de aprender la cultura, las costumbres y los “buenos hábitos” de los estadounidenses. En la siguiente sección elaboraré las representaciones del puertorriqueño que establecieron la base cultural para la dominación política y económica. El “otro” puertorriqueño no fue solamente el objeto de este proyecto colonial, fue también su resultado.

## Las representaciones del “otro” puertorriqueño

El libro no presenta una sola definición o una sola representación del pueblo de Puerto Rico, sino que a través del texto y de las fotografías se utilizan varios códigos para representar a los puertorriqueños desde distintos puntos de vista. En este sentido, la identidad de los puertorriqueños no se presenta de forma unitaria o coherente, sino que se expresa mediante diferentes perspectivas, tensiones, dudas y contradicciones. Como ya se ha planteado, el código fundamental en el libro *Our Islands and Their People* es el contraste, a grandes rasgos, entre lo primitivo y la civilización. La representación del estado primitivo como un paraíso es una de las nociones más importantes en la descripción de la geografía y la gente de Puerto Rico. Según el

Foto 13 / "Some Porto Ricans as Our Artist Saw Them"



texto, el puertorriqueño primitivo vive en un estado natural, en un paraíso. Esta representación se logra a través de imágenes edénicas.

Viven tan apegados a la naturaleza que, lo que en nuestra opinión, sería inapropiado, para ellos son cuestiones inocentes de su vida diaria. En muchos aspectos, permanecen aún en ese estado edénico ya que no piensan con malicia y, por lo tanto, no conocen el mal.<sup>73</sup>

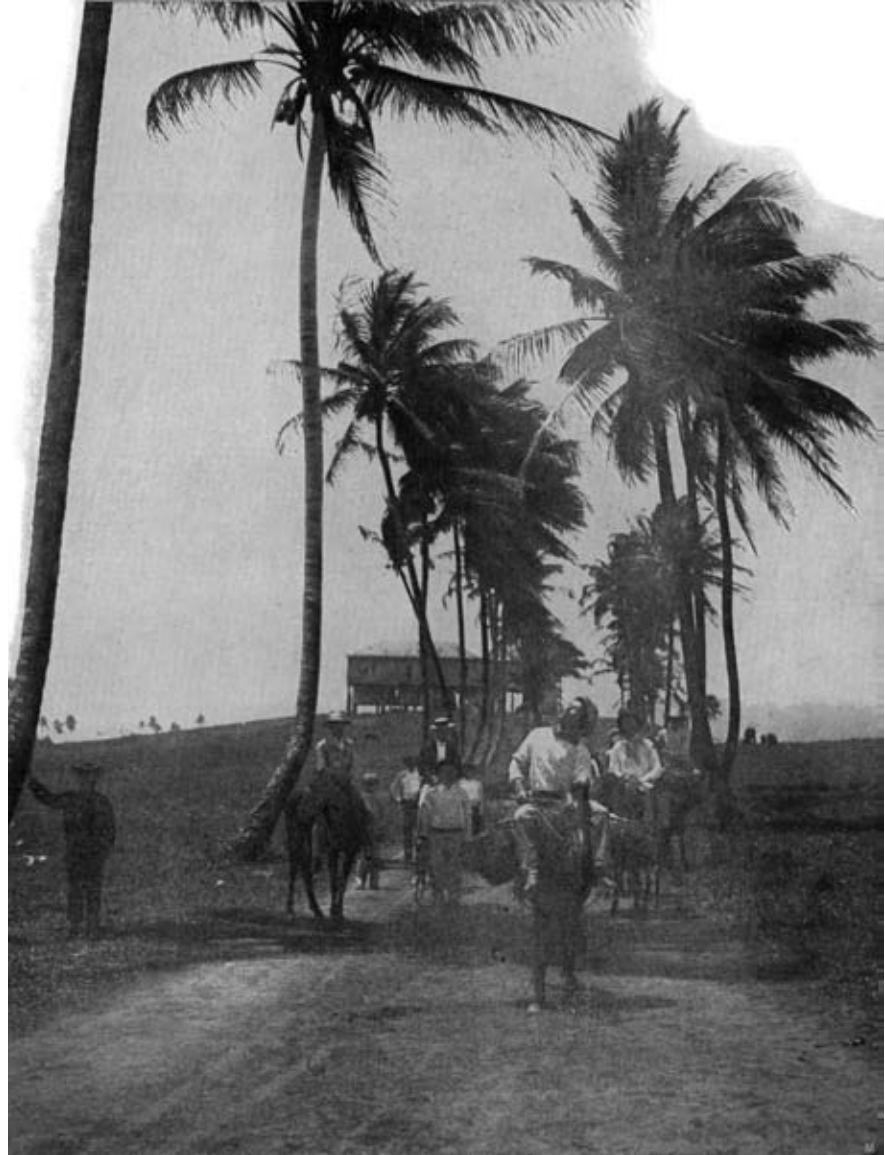
Elaborando sobre la inocencia e ignorancia de los puertorriqueños, el autor cita esta asombrosa sección sobre el “salvajismo primitivo”:

En sentido técnico, carecen de moral, pero no puede decirse que pequen debido a que no tienen conocimiento de la ley y, por lo tanto, no pueden violarla. Están desnudos y no sienten vergüenza. ... Existe la maldad, pero no existe su efecto desmoralizador. Pecan, pero sólo como animales, sin vergüenza, porque carecen del sentido del mal. Comen del fruto prohibido, pero no conlleva ningún entendimiento de la diferencia entre el bien y el mal. Son felices en su inocencia sin tener conciencia de las obligaciones morales. Comen, beben, duermen y fuman, y trabajan lo menos que puedan. Carecen del sentido del deber y, por lo tanto, no se incomodan al desatenderlo.<sup>74</sup>

Se les presenta como si fueran seres amorales pero no inmorales, ni corruptos por la maldad. Es decir, los puertorriqueños desde la perspectiva de Olivares, eran seres naturales, primitivos y no civilizados, pero no eran malos. Se destaca más bien su estado natural como la ausencia de civilización. Tal representación es reforzada por una fotografía de “la comida principal de los puertorriqueños”, los guineos y plátanos, frutas exóticas ante los ojos de los estadounidenses (véase la fotografía 15).<sup>75</sup> Tanto la discusión sobre el puertorriqueño, como la representación de su modo de vida, sugieren que viven en un estado edénico como inocentes en un paraíso terrenal.

Así, las representaciones implican que los puertorriqueños poseían una cultura rudimentaria; a veces las costumbres eran bárbaras, como las peleas de gallos, a veces tristes como los baquinés. En otras ocasiones, sus costumbres eran meramente curiosas, como la práctica, sobre todo campesina, de bañarse con mucha frecuencia –es decir, varias veces diariamente. En los pueblos había muchas “diversiones” pero de poca sustancia: bailes familiares, bandas municipales, juegos de bolos, paseos domingueros, excursiones al campo. La gente pueblerina practicaba los ritos de la iglesia –matrimonio, bautismo, comunión– cuando podía, pero no era muy religiosa. En el campo el matrimonio religioso se obviaba con mucha frecuencia por su costo. Por esta razón, las “estadísticas” evidenciaban muchos nacimientos ilegítimos. En general, los puertorriqueños eran

Foto 14 / "A Sugar Plantation near Arecibo"



hospitalarios, de buenos modales, pacientes y pacíficos. Además, recibieron a los estadounidenses con brazos abiertos y habían demostrado su lealtad y devoción al gobierno nuevo.<sup>76</sup> En fin, eran las costumbres de una gente sencilla campesina y pueblerina. Según los códigos simbólicos, eran primitivos en el sentido de ser naturales y sencillos; eran como niños buenos y bondadosos. No obstante, no eran salvajes cazacabezas con lanzas y taparabos, como supuestamente ocurría en las Filipinas.

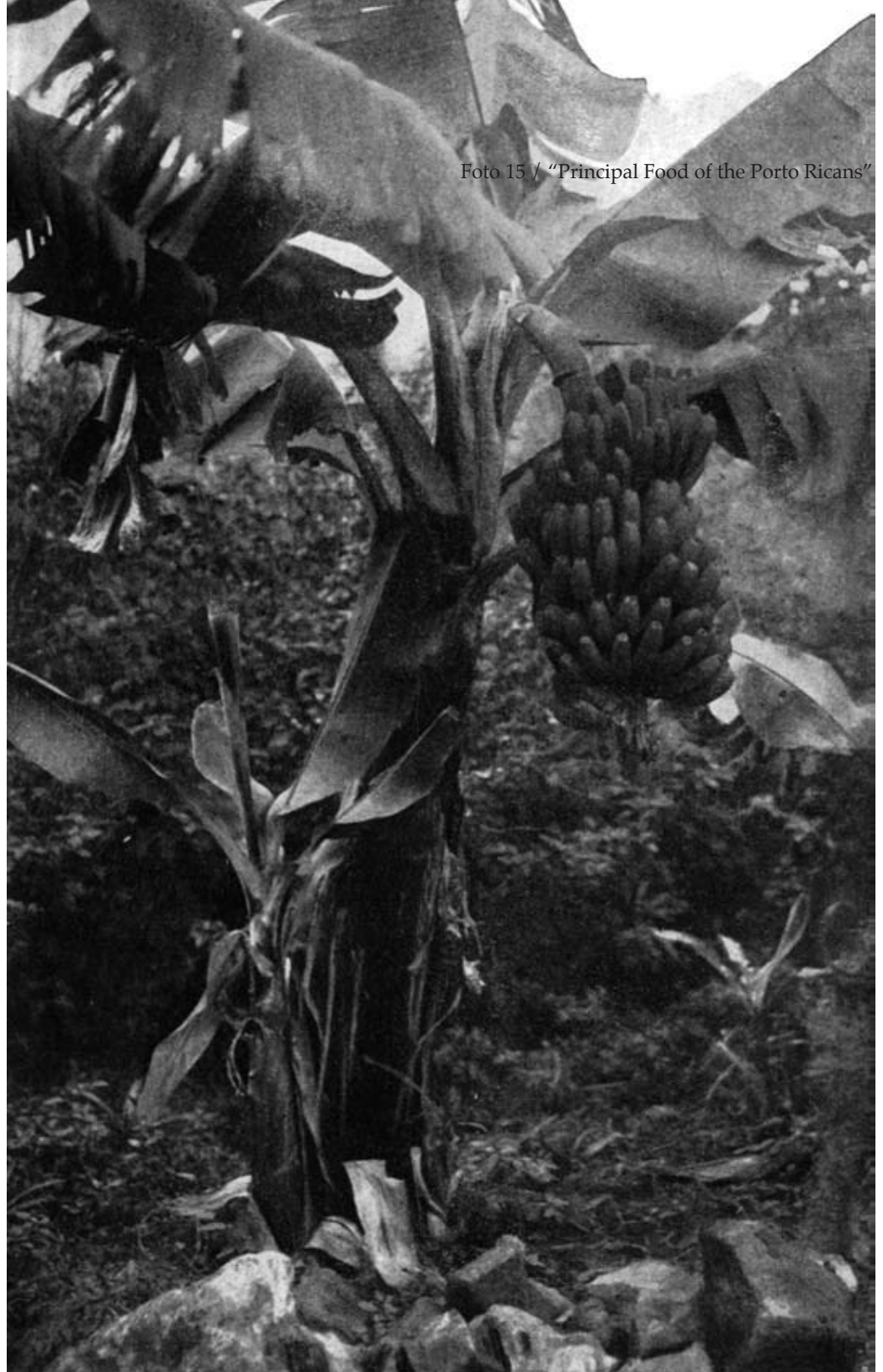
A través del texto y de las fotografías, el libro hace referencia frecuente a la “raza” de los habitantes de Puerto Rico. La dinámica entre las dos formas de representación, textual y gráfica, expresa varias ambigüedades y preocupaciones respecto a la raza de los puertorriqueños. Las representaciones textuales y fotográficas se concentran en tres razas: la española (blanca), la africana (negra) y la indígena. A pesar de la frecuente presentación fotográfica de personas negras o mulatas, esta negritud se desplaza a través de dos estrategias textuales: primero, a través de especulaciones sobre el blanqueamiento de la población; y segundo, a través del énfasis en el pasado indígena.

La primera manera de desplazar la negritud de la población es enfatizando su blanqueamiento.<sup>77</sup> Esta es una estrategia textual, ya que las fotografías en sí no facilitan esta lectura. Las fotografías de escuelas o de agrupaciones vecinales son particularmente significativas, ya que muestran la mezcla de personas con diferentes características raciales. Según Olivares, en Puerto Rico no existía ni la segregación ni el prejuicio racial, fenómeno que interpreta como una señal de un posible desplazamiento de la raza negra y el blanqueamiento de la población. El autor describe una diversa población racial, así como la ausencia de una estricta segregación por color, y concluye que la raza africana estaba en vías de desaparición o asimiliación en Puerto Rico,

En Porto Rico ... no hay distinciones sociales por motivo del color. Las personas no saben lo que significa la segregación por el color. ... Estas condiciones, de por sí, demuestran la ausencia de todo prejuicio debido al color de la piel. Pero, la raza africana está disminuyendo y, con el tiempo, desaparecerá o se mezclará con la raza blanca. El que esto produzca humanos mejores o peores, es una pregunta para los sociólogos.<sup>78</sup>

Obviamente, Olivares confunde la ausencia de una estricta segregación racial al estilo estadounidense con la ausencia de prejuicio a base de características raciales, lo que ciertamente existía en Puerto Rico.<sup>79</sup> A primera vista, el argumento de Olivares sobre la incorporación de la raza negra a la blanca es inconsistente con las prácticas raciales estadounidenses de considerar a todos los mulatos como

Foto 15 / "Principal Food of the Porto Ricans"



negros en contraste con los blancos puros. No obstante, el mestizaje presentaba un problema práctico e ideológico para el proyecto civilizador, especialmente en las regiones previamente colonizadas por los españoles donde había ocurrido una considerable mezcla racial.<sup>80</sup> Olivares sugiere tentativamente la aculturación a través del blanqueamiento de la población de Puerto Rico. No obstante, la efectividad de esta estrategia para producir un “mejor tipo de humanidad” queda en duda para él, quien plantea el problema como “una pregunta para los sociólogos”. El estudio de las características, la clasificación y la evolución de las distintas razas constituyó una de las tareas fundamentales de las nuevas ciencias sociales, tales como la sociología y la antropología, marcadas por la teoría de la evolución social de las razas humanas.

La segunda estrategia textual era hablar de los “indios” del pasado, y obviar la esclavitud y los descendientes de esclavos.<sup>81</sup> El libro dedicó varias páginas a la descripción del pasado precolombino y de la Conquista, pero hay una sola mención de la esclavitud, a pesar de que en Puerto Rico se había declarado la abolición escasamente 25 años antes de la publicación del libro. El efecto general es dar la impresión de que los puertorriqueños son “nativos” o “primitivos”, palabras imprecisas que podrían sugerir que son indígenas más que negros.

En la fotografía 16 se puede observar un grupo de cinco mujeres negras y mulatas; una de ellas carga una niña. Tres de las mujeres están sentadas en el suelo, lo que connota sumisión y poca civilización. Un blanco, bien vestido en un traje blanco y corbata, aparece en la foto al fondo, separado del grupo de mujeres. El título de la fotografía indica que las mujeres son “descendientes de los aborígenes” mientras que la leyenda explica,

Estas personas son descendientes directos de los habitantes indios de Porto Rico y, a pesar de que algunos tienen sangre africana, resultan interesantes porque son los últimos vestigios de una raza extinta.<sup>82</sup>

Lo interesante de esta leyenda es que se contradice varias veces. Primero dice que las personas son descendientes directos de los *indígenas*. Segundo, dice que algunos de ellos tienen algo de sangre *africana*. Tercero, dice que son los últimos sobrevivientes de una raza *extinta*. A pesar de que la foto muestra gente negra y mulata, el comentario (el “ancla”) de la foto intenta ocultar, sin mucho éxito, la negritud de la población a través de un énfasis en sus raíces indígenas. En cambio, la fotografía muestra a un grupo de mujeres negras o mulatas, una niña de pelo lacio y rubio y, al fondo, un hombre blanco. Es decir, la fotografía sugiere que la gente tiene sangre africana y sangre blanca, que son personas mulatas en vez de mestizas. El “otro” puertorriqueño se construye por encima de esta tensión textual y fotográfica; los puertorriqueños se presentan

Foto 16 / "Descendants of the Aborigines"





en el texto como aborígenes pero en las fotografías se ven como mulatos. Obviamente, no hay contradicción necesaria ya que el pueblo podría ser resultado de la compleja hibridez de las “tres razas”. No obstante, es una cuestión de énfasis: el texto trata de obviar la presencia mulata.

Este libro representa al puertorriqueño como el resultado de una mezcla de las tres razas, pero de una manera particular. Primero, se enfatiza el posible blanqueamiento de la población, para producir una población criolla superior. Segundo, se enfatiza la herencia racial indígena, a pesar de la evidencia fotográfica que la contradice. Finalmente, se reconoce la herencia negra con cierta irresolución y ambivalencia. El énfasis en el blanqueamiento y en el pasado indígena desplaza el trasfondo negro, pero no lo borra. El resultado de estas contradicciones, tensiones e inconsistencias es una representación del puertorriqueño como un “mulato primitivo”, pero no tan mulato que no se pudiera blanquear y no tan primitivo que no se pudiera civilizar. Los puertorriqueños no eran salvajes irremediables, sino gente pobre e ignorante, pero de buena voluntad.

Los niños tienen una fuerte presencia a través del libro. Olivares subrayó que, durante su estadía, los niños estaban siempre presentes y resultaban interesantes y entretenidos.<sup>83</sup> Aparecen en varias fotografías como grupos escolares, en la calle o la plaza, en grupos familiares o de vecinos y en lugares de trabajo. En las caricaturas de la época, los pueblos del Caribe y América Latina comúnmente eran representados como niños.<sup>84</sup> Asimismo, el niño, frecuentemente desnudo y negro, es una de las representaciones fundamentales del puertorriqueño en este libro. Entre las connotaciones de la niñez se encuentran la inmadurez, la dependencia, y la necesidad de tutoría y supervisión. Pero la niñez podría connotar también la inocencia, la lealtad y el potencial educativo.

En la fotografía 17 se observan las tropas voluntarias de New York acompañadas por varios niños, dos de los cuales portaban las armas de las tropas.<sup>85</sup> Aunque el numeroso grupo de soldados y la distancia a la que fue tomada la fotografía casi ocultan la presencia de los niños, la leyenda exalta su presencia. La misma anota que los niños eran fieles acompañantes de los soldados, que portaban sus armas y hacían cualquier tarea que pudieran manejar. Además, según el autor, los niños no tenían hogares y deseaban que los soldados los adoptasen.

De particular interés resulta la discusión y la representación de la desnudez de los niños, un fenómeno que todos los libros, sin excepción, mencionan y siempre retratan (véase también la fotografía 14).<sup>86</sup> La desnudez expresa tanto la pobreza como el estado atrasado de la población, es decir, el niño desnudo parece como si fuera un ser natural del paraíso. En este contexto simbólico,

Foto 17 / "The 47th New York Volunteers in Porto Rico"



la fotografía 18 cobra una significación importante. El título identifica al fotógrafo Walter Townsend como “nuestro artista”, quien aparece cargando bruscamente a dos niños desnudos y, como escribe Rodríguez Juliá: “El gringo agarra a esos *muchachos* con actitud de apropiación perfecta”.<sup>87</sup> Asimismo, este autor señala que la “pediatría imperial” tuvo como propósito dar comida a los niños hambrientos, curarlos de las enfermedades y americanizarlos en las escuela pública. No obstante, Rodríguez Juliá no toma en cuenta que el niño era una de las representaciones más importantes de los puertorriqueños, como hemos visto anteriormente, mientras que el fotógrafo Townsend representa simbólicamente la presencia y dominio estadounidense. Townsend agarra a los niños como posesiones, dependencias o el “white man’s burden”, pero no como hijos propios. La composición de la imagen imitó a las caricaturas de la época que presentaban al Tío Sam cargando “negritos”.<sup>88</sup> Por tanto, esta fotografía es una representación abierta y consciente de la nueva relación colonial, no solamente de una “pediatría imperial” sino también de un imperialismo pediátrico y tutorial.

A pesar de esta obsesión con la desnudez de los niños, es evidente en las fotografías del mismo libro que la población adulta vestía según las normas occidentales de la época: los hombres de pantalón, camisa y sombrero; las mujeres de trajes largos y blusas. La ropa era liviana y sencilla de acuerdo con el clima tropical. Los zapatos eran escasos debido a la pobreza, especialmente en el campo. Igualmente, la ropa frecuentemente estaba hecha andrajos. Es decir, en términos generales la vestimenta de los puertorriqueños no era señal de salvajismo o barbarie, para usar las categorías de la época: no había desnudez adulta, ni taparabos, ni pelo largo masculino, ni vestimenta indígena, ni adornos como tocados de plumas como se observaba en las varias tribus filipinas. El discurso edénico de Olivares sugiere, no un difícil proceso de evolución de tribus como en las Filipinas, sino una regeneración de un pueblo sencillo y natural debido a su pobreza.

Los niños no solamente ocupan un lugar prominente en el libro, también las mujeres aparecen con mucha frecuencia. La presencia de mujeres y niños contrasta notablemente con la ausencia relativa de hombres. En términos generales, el libro presenta a las mujeres como muy atractivas, coquetas, encantadoras y objeto de interés romántico de los estadounidenses militares, corresponsales y fotógrafos. De interés particular es una breve discusión sobre un conflicto entre unos soldados estadounidenses y un padre puertorriqueño, un médico de Ponce. El padre puertorriqueño acusó a los estadounidenses de faltarle el respeto en sus acercamientos a sus hijas. Varios editoriales periodísticos criticaron el comportamiento de los soldados con respecto a las mujeres jóvenes de la ciudad. El general Henry, entonces comandante de distrito de Ponce, amenazó a los editores con insinuaciones acerca de los medios tradicionales, es decir, violentos, de los soldados de Kentucky para defender su honor.<sup>89</sup> José de Olivares describe el conflicto como un malentendido entre los padres y los soldados, una mala interpretación de los avances honorables

e inocentes de los estadounidenses, quienes respondieron a las coqueterías de las puertorriqueñas. Lo interesante de esta discusión es la subestimación y hasta el desplazamiento de la autoridad patriarcal puertorriqueña y la defensa del honor de los soldados y su derecho a coquetear con las solteras.

Como hemos visto en el análisis de las clases sociales, la eliminación de la clase dominante criolla creó el espacio simbólico para la entrada de la autoridad gubernamental estadounidense. Ahora, la subestimación simbólica del padre legitimó el tutelaje de las mujeres y los niños por parte de una nueva autoridad patriarcal.

La fotografía 19 presenta un grupo de “muchachas” que trabajan en la separación y selección del grano de café para el mercado. La fotografía muestra a un grupo de mujeres sentadas en el piso de madera de un almacén. Frente a ellas aparece un pequeño montón de café, la canasta utilizada en la separación y selección del grano y, detrás de ellas, muchos sacos de café. Están vestidas en trajes o faldas largas y blusas de una variedad de colores, estampados y estilos, pero sin zapatos. La vestimenta es de estilo europeo, confeccionada con tela manufacturada industrialmente. Las expresiones faciales son muy serias y pensativas, y algunas denotan hasta preocupación o cansancio. A pesar de que están sentadas en el piso, señal común de poca civilización, no hay nada en la fotografía que sugiera que son salvajes y primitivas; en contraste, son obreras pobres en una pequeña empresa.

Foto 18 / “Our Artist in Porto Rico”



No obstante los indicios de explotación laboral en la fotografía, el texto describe un paraíso para las trabajadoras. Indica que las mujeres tienen pocas necesidades ya que visten trajes sencillos que escasamente sobrepasan al “traje tradicional de Eva” y que su comida principal, los “guineos”, era muy barata.<sup>90</sup> Según el texto,

La clasificación está a cargo de las mujeres y niñas, quienes reciben menos de 25 centavos al día, pero parecen estar conformes con su suerte y viven felices y despreocupadas... Algunas de estas jovencitas de tez bronceada son muy bonitas, con ojos negros y grandes, de mirada tierna, y con dientes blancos como perlas. Ríen y cantan mientras trabajan y, de seguro, disfrutan de la vida tanto como sus contemporáneas más elegantes y afortunadas.

Las notables divergencias entre la fotografía y el texto tienen un resultado atrayente y halagüeño: las mujeres puertorriqueñas eran inocentes, alegres, atractivas, sensuales y, para colmo, dispuestas a trabajar duro por poco salario; eran seres naturales acostumbrados al régimen de trabajo asalariado. Eran pobres, pero felices. Así como el autor entiende el paraíso: es acogedor para las obreras, pero aún mejor para los capitalistas.

En resumen, este libro representa, con muchas contradicciones, al “otro” puertorriqueño mediante varias representaciones específicas. Primero, presenta a los puertorriqueños como mulatos a la vez que se desplaza la negritud de la población mediante el énfasis en el pasado indígena y un posible blanqueamiento futuro. Segundo, resalta la antigua civilización española mientras obvia, y hasta cierto punto niega, la cultura de los puertorriqueños como tal. Tercero, desplaza la clase dominante criolla, aunque con cierta dificultad, a través de su ausencia fotográfica y textual. Cuarto, representa al puertorriqueño como un primitivo noble en el paraíso, a pesar de las múltiples imágenes y textos que señalan que más bien son pobres obreros agrícolas y urbanos en empresas capitalistas. Finalmente, y más importante, utiliza a los niños y a las mujeres para personificar el ser puertorriqueño natural, inocente, necesitado y maleable. Sobre esta compleja construcción simbólica del “otro” se levantó una nueva relación colonial en sus dimensiones políticas, económicas y culturales.

## El proyecto civilizador

La sección del libro sobre Puerto Rico tiene dos “comienzos” distintos, pero relacionados.<sup>91</sup> El cuento corto sobre el pueblo puertorriqueño empieza con la conquista y la dominación española,